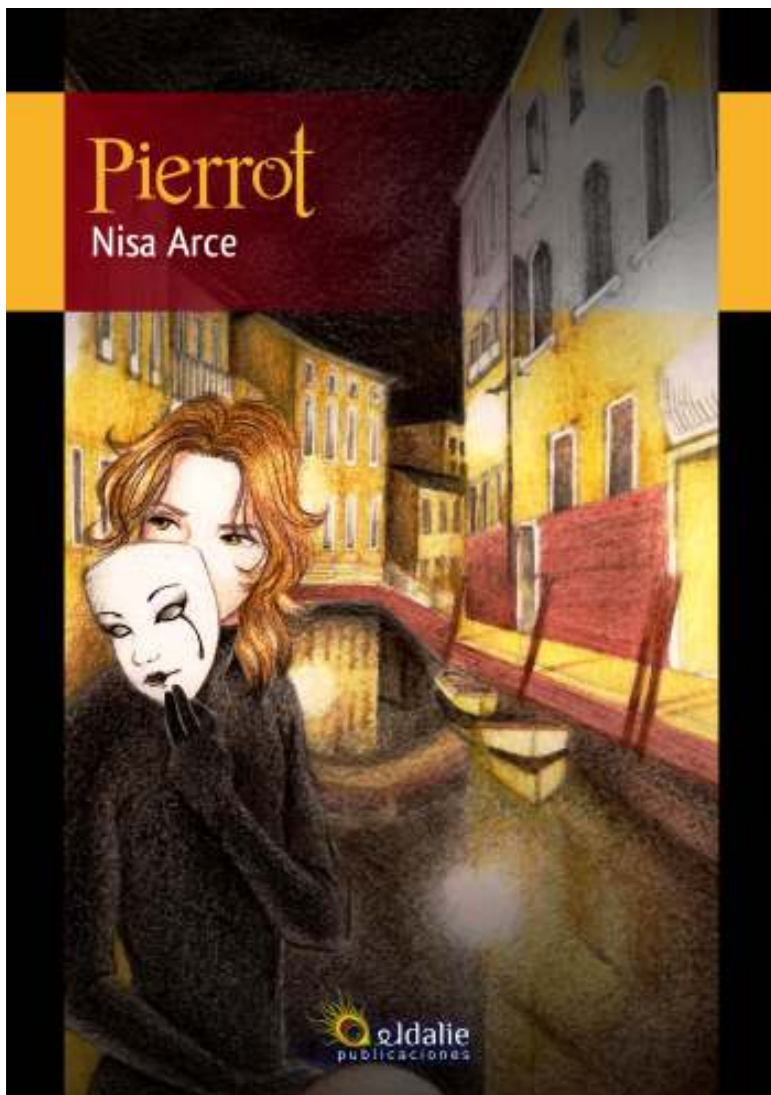


Material protegido por Copyright. Todos los derechos reservados.



Material protegido por Copyright. Todos los derechos reservados.

Pierrot

Nisa Arce



Material protegido por Copyright. Todos los derechos reservados.

Advertencia:

Este libro contiene escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto, que pueden ser considerados ofensivos para algunos lectores. Los contenidos de esta obra son SOLO para adultos. Mantenga este libro fuera del alcance de lectores menores de edad.

Pierrot
Nisa Arce

Este libro es una obra de ficción. Aunque pueda contener referencias a hechos políticos/sociales actuales, o lugares reales, los nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de forma ficticia.

Publicado por Eldalie Publicaciones
CL Jaén, 11 CP 06480 Montijo
Badajoz (España)
<http://eldaliepb.com/>

Copyright © Octubre 2007 por Nisa Arce González

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse o compartirse de ninguna manera, incluyendo, pero no limitando: impresión, fotocopia, fax o email, sin permiso previo por escrito de Eldalie Publicaciones.

ISBN 978-84-937443-7-3
Disponible también en libro impreso
Primera edición electrónica: Enero 2010

Editora: M.R. Pedreira
Ilustración de portada: Loreley.
Diseño de portada: Arashi.

Material protegido por Copyright. Todos los derechos reservados.

Para Pedro.
No lo habría conseguido sin ti.

Primera Parte



Era incuestionable que el mundo moderno había transformado Venecia en algo lejano a sus orígenes, pero pese a haber dejado de ser punto de encuentro entre mercados marítimos, su esencia primaria no había sido alterada.

Año tras año millones de personas acudían a sus callejuelas, satisfaciendo el ansia del turista con las compras de rigor y las obligadas fotografías en los puntos que el cine se había encargado de inmortalizar. Muchos contemplaban con horror la transformación paulatina de la ciudad en una especie de parque temático, pero los que realmente la amaban sabían que tras esa fama se escondía la mejor arma para preservarla.

Para aquellos que no la habían vivido desde la niñez seguía siendo un laberinto si se sobrepasaban sus principales arterias. Las aguas oscuras y los gondoleros que las dominaban permitían que, clandestinamente, se siguieran organizando en sus palacetes celebraciones al alcance de selectos privilegiados.

Los rumores sobre la siguiente ubicación corrían de boca en boca por la aristocracia contemporánea; las familias más influyentes de la región atravesaban los canales hasta dar con el enclave, respetando las pautas de procedimiento.

Los últimos invitados de la noche atravesaron el pórtico de un caserón aparentemente descuidado. Su fachada acusaba los efectos de la humedad, con los marcos de las ventanas ennegrecidos y la pintura descascarillada, pero el brillo de su interior conseguía que los afortunados olvidaran pronto lo gris del recibimiento.

Un clavicordio llenaba de notas metálicas el salón, alumbrado por la luz de los candelabros y las lámparas de araña que colgaban de los techos. Una procesión de rostros de porcelana se giró para mirar al recién llegado. Iba vestido de azul de pies a cabeza, rematando su cabellera plateada una máscara

de Pulcinella, con su tétrica nariz de gigantescas proporciones. Era la única personalidad que pese al atuendo no pasaba desapercibida, puesto que la fiesta de cumpleaños que había montado resaltaba lo espléndido de sus cinco décadas.

Domenico Ribeltta avanzó por el pasillo recibiendo discretas reverencias, como si se hubiese transportado a una corte cuatro siglos atrás. En cada esquina parejas esporádicas daban rienda al deseo. Otros preferían el cortejo por medio del baile, y los demás se limitaban a esperar.

Tomó una copa entre las manos y le vio; sentado en uno de los sillones se encontraba un joven oculto tras el rostro de Pierrot. Su fisonomía estilizada incrementaba el brillo de unos ojos que refulgían en las cuencas vacías de la máscara. Una lágrima le surcaba estáticamente la mejilla, y sus labios rojos se curvaban en una sonrisa indescifrable.

Se acercó a él, movido por la curiosidad y el incipiente arrebato.

—La soledad es la peor aliada de la belleza —dijo, tomando asiento a su lado.

Pierrot respondió empleando movimientos de mimo, expresándose sin palabras. Le clavó la mirada mientras le quitaba la copa y la dejó sobre una mesita próxima, rozándole el contorno de la barbilla con los dedos.

Domenico se incorporó, no tardando su pretendiente en hacer lo mismo. Entrelazó su brazo al suyo y subieron las escaleras que conducían al piso superior. Al llegar al dormitorio cerró la puerta, despojándose de la capa y recostándose sobre el lecho.

Por la constitución de su fugaz amante dedujo que debía rondar los veintipocos años, confirmándolo cuando el cuerpo fue quedando al descubierto y sus manos enguantadas le recorrieron.

Domenico suspiró, dejándose hacer por un desconocido al que doblaba en edad. Su excitación creció cuando éste le ató las muñecas a los barrotes de la cabecera de la cama, deslizándose por su abdomen para cabalgarle, forzando la penetración sin demasiados preparativos.

Pierrot movía las caderas a un ritmo que volvía loco al homenajeado. Sus jadeos resonaron en la habitación por encima de la música, convirtiéndose en

espasmos que precedieron al clímax más intenso que recordaba haber alcanzado en mucho tiempo.

Satisfecho, intrigado y con las manos inutilizadas, rompió la *norma*.

—Quítate la máscara y déjame ver tu rostro.

—Como gustes... *ragazzo* —susurró el joven, accediendo.

Domenico se puso en alerta al escuchar el apodo con el que era turbiamente conocido, no saliendo de su asombro al reconocerle. Tampoco tuvo demasiado tiempo para reaccionar. Pierrot sacó la pistola que había escondido debajo de la almohada, disparando a bocajarro.

El cadáver seguía caliente cuando abandonó la habitación. Antes de desaparecer entre las sombras le dejó al muerto un recuerdo, para que así pudiese rememorarle y conseguir que su ansiada venganza estuviese al fin completa.

Luca despertó a una mañana cualquiera. Desde sus aposentos podía admirar el centro veneciano en todo su esplendor. A diferencia de lo que muchos extranjeros creían, la ciudad no era un único islote, sino cientos de ellos unidos por pasarelas. Asimismo, otro buen número de secundarios la rodeaban, localizándose en ellos lo que cualquier sociedad necesitaba para subsistir: la isla del cementerio, la del hospital, la de la Universidad...

Y las islas residenciales, como la suya. Historias acerca de cómo sus antepasados se habían hecho con las escrituras eran casi una leyenda entre los convecinos y, aunque los rumores sobre la extensión de la fortuna de los Gregorutti no hacían sino incrementarse, él hacía caso omiso de las opiniones ajenas y se permitía el lujo de hacer lo que le gustaba, gracias a la seguridad de poder permanecer al margen de las crisis monetarias.

Qué importaba que su negocio no fuese original, ni que matemáticamente las ventas no amortizaran las pérdidas. Pese a ello, seguía siendo considerado por sus padres y familiares cercanos como el excéntrico, el que prefería madrugar para encerrarse en su refugio, paladeando los placeres mundanos de la vida cuando podría regodearse de todo el derroche imaginable.

Abrió las ventanas para que se airease la alcoba mientras se disponía a empezar una nueva jornada. Se vistió con un traje de lino, tomó las llaves de la lancha tras haber ingerido una taza de café y partió desde el embarcadero privado con rumbo al muelle principal. Los postes indicaban la profundidad de las aguas y las rutas que se sabía de memoria, saludando a los conocidos con los que se encontró.

Era muy popular entre los comerciantes por ser el *soltero de oro* por excelencia. A ambos lados del puente de Rialto las mujeres suspiraban por compartir una cena romántica con el apuesto artesano, y los demás trabajadores del gremio soñaban con poder retirarse de ese mundo que él había escogido por vocación.

Tras tener una amena e intrascendente conversación con la dueña de la tienda de al lado sacó las llaves de su local, observando con orgullo el escaparate.

Cierto. No era el mejor taller de Venecia, ni el más conocido o frecuentado por los visitantes, pero sus máscaras tenían un encanto especial. Se dedicaba por completo a cada una, creándolas de la nada con las mejores materias primas, haciendo de ellas una pequeña obra de arte.

La primera temporada fuerte, el Carnaval, había transcurrido sin demasiados sobresaltos; se encontraba preparando una nueva remesa de modelos para afrontar el verano, época con mayor número de turistas. Además de los clásicos antifaces de colores caprichosos y ornamentos, aceptaba diseños personalizados a través del portal que gestionaba por Internet.

Contestó los correos electrónicos que tenía en la bandeja de entrada y activó el tocadiscos, eligiendo su obra preferida de Puccini. Silbó la melodía a la par que seleccionaba pinceles para trazar los últimos detalles sobre la superficie de papel maché.

Se ensimismó en su trabajo, tanto que la ópera avanzó y la campanita de la puerta sonó al entrar clientes. Elevó la vista para recibir a dos hombres que, con gesto serio, se acercaron hasta él.

—¿El señor Gregorutti? —preguntaron.

—El mismo —respondió él, dejando los utensilios en lugar adecuado.

—Queríamos hacerle unas preguntas —dijo uno de ellos, mostrando su placa de Carabinieri.

Luca se sorprendió por tener a dos agentes en su territorio, pero accedió sin poder objeción.

—Por supuesto. Díganme, ¿en qué puedo ayudarles?

—¿Ha vendido recientemente a alguien que resultase, por alguna razón, peculiar?

—Me temo que cada cliente es un mundo. Tal vez si concretaran un poco... —se excusó Luca.

El otro policía carraspeó.

—Verá, estamos investigando un asesinato. La víctima apareció en su cama con evidentes signos de haber sido disparado a sangre fría. Estaba desnudo, parece que acababa de mantener un encuentro erótico. Junto a su cuerpo se halló una máscara de Pierrot.

—Es el modelo más popular en ventas. ¿Por qué acuden precisamente a mí, cuando cualquier artesano las tiene disponibles?

—Encontramos su distintivo.

Luca asintió. Siempre camuflaba su firma entre los diseños acrílicos. Pese a que sonaba rocambolesco que su vieja costumbre hubiese resultado útil a un detective, se sentía feliz por haber hecho algo auténtico.

—No recuerdo haber vendido ningún modelo en los últimos meses. Bueno, no aquí, pero sí por Internet. Si lo desean puedo sacar un listado pormenorizado.

—Sería de gran ayuda —afirmaron ellos.

Entró en la base de datos del ordenador y les imprimió una copia, subrayando con rotulador fluorescente las referencias. En efecto, había despachado cerca de medio centenar durante el ejercicio anterior.

—Me temo que no puedo hacer más. Tomen mi tarjeta, pueden llamarme si necesitan cualquier cosa.

El agente la aceptó, y su compañero se dirigió hacia la puerta tras agradecer la colaboración.

—Que tenga buen día.

—Igualmente.

Luca suspiró. Se sentía mal, como si hubiese colaborado indirectamente en un crimen. A los pocos segundos se dijo que de nada serviría darle vueltas al asunto, puesto que su misión era crear máscaras y venderlas, no velar por el uso que los que las adquirirían hiciese de ellas.

Siguió trabajando hasta la hora del cierre por el mediodía, momentos en los que acudía a almorzar a un restaurante. Gustaba de las rutinas porque procuraban calidez en el trato humano, como ocupar la misma mesa en un rincón apartado, en donde su camarero de confianza le servía sin preguntar.

Pidió una ensalada y pasta fresca, ojeando el periódico que le habían traído junto a una botella. Repasó detenidamente la sección internacional y la de cultura, pasando de largo los pormenores de la caótica política italiana.

Al llegar al final del diario vio una categoría que hasta la fecha había evitado. No supo bien por qué, pero acabó entreteniéndose con los provocativos anuncios de contactos personales.

«Satisfacción inmediata.»

«Domíname, soy tu esclava.»

Le costaba comprender que algunos encontraran estimulantes esas reseñas, pero debía reconocer que no era la persona mejor indicada para opinar. Si alguien le hubiese visto releer atentamente uno de esos anuncios, que por su condición destacaba sobre los otros, habría sabido el motivo.

«Joven discreto y serio se ofrece para compartir buenos ratos con hombres responsables.»

Ahogó una risa espontánea. ¿Joven discreto? ¿Qué tipo de joven discreto y serio se dedicaba a la prostitución? Cerró el periódico y lo dejó en una esquina de la mesa, pero cuando el camarero se dispuso a retirarlo, un impulso le hizo impedirselo.

—Luego te lo dejaré en caja —dijo con amabilidad.

Se quedó mirando al vacío, terminándose el contenido de la copa. Volvió a leer el anuncio, constatando que iba acompañado de un número de móvil. Casi inconscientemente se encontró rememorando la última vez en la que había tenido compañía en su dormitorio. Había pasado mucho, mucho tiempo.

Pero no estaba tan desesperado como para recurrir a eso. ¿O sí?

Tuvo la tentación de apuntar el número en la agenda antes de pagar la cuenta. ¿Qué perdía si lo hacía? Podía borrarlo más tarde, cuando la idea le pareciese un chiste.

Así que se decidió, eligiendo un nombre que nadie pudiera asociar a un chapero. Con las novedades que había acusado a lo largo de la jornada, un único sustantivo le venía a la mente. Tecléo los dígitos, bautizándolos con un registro que resultaba macabro a su entender.

«Pierrot».

Se despidió del equipo del restaurante, echando a andar por la calle que bordeaba el Gran Canal. Le recorrió un cosquilleo cuando hizo ademán de sacar el móvil para borrar el número. Nadie iba a enterarse si llamaba. Al fin y al cabo, el sujeto del anuncio se dedicaba a eso, debía ser un especialista en el arte del anonimato.

Tragó saliva al accionar los botones. El corazón le latió con fuerza al escuchar los tonos. El primero, el segundo... Estuvo a punto de colgar en el intervalo que separaba al tercero, pero una voz cálida le persuadió de hacerlo.

—¿Llamas por el anuncio?

Se detuvo en medio de la vía, observando el paisaje de las góndolas y el reflejo del sol sobre el agua. Apretó ligeramente el puño libre, respondiendo.

—Sí. Me gustaría... bueno, ya sabes, conocerte.

—¿Es la primera vez que haces esto?

Luca se quedó algo pasmado.

—¿Se nota?

—Digamos que mi intuición es buena. Dime dónde y a qué hora te viene bien.

Pensó en un lugar concurrido, donde pudiesen pasar como dos antiguos compañeros de facultad o similares.

—En el café que hay frente a la Catedral de San Marcos, sobre las ocho.

—Allí estaré. Llevaré una bufanda roja.

Tras ello el profesional cortó la comunicación. Por primera vez desde que estrenara la tienda, Luca decidió marcharse directamente a casa sin cambiar el cartel de cerrado. Unas horas después, ya en el lugar de la cita, pidió un café mientras consultaba el reloj. Faltaban dos minutos para las ocho en punto y la temperatura era agradable; hacía frío, pero se podía charlar en las terrazas.

Miró inquieto de un lado para otro, buscando la consabida prenda. Se llevó la taza a los labios y, justo cuando estaba bebiendo, distinguió a un joven que se acercaba por el lado de la torreta.

Llevaba gafas de sol pese a ser de noche y vestía un conjunto de tela vaquera sin tratar. Su pelo, de un castaño claro, caía largo sobre los hombros, protegiendo su cuello una bufanda roja. También portaba una bandolera de gran tamaño a modo de bolso masculino. Era terriblemente atractivo, más de lo que había imaginado.

—¿Me esperabas?

Luca asintió, instándole a que se sentara en la silla de enfrente. El chaperero guardó las gafas en el bolsón, pidiendo otro café para romper el hielo.

—¿Me has llamado porque quieres probar con otro hombre? ¿Quieres ocultárselo a tu novia, esposa...? —quiso saber, hablando en tono agradable.

—No. Me encontraba solo.

—Entiendo —respondió, bebiendo un sorbo—. Me parecía muy frío hablar de esto por teléfono, pero tengo por costumbre pactar primero con mis clientes. Son cien euros la hora. No practico el sadomasoquismo. Acepto tríos y disfraces, pero no me travisto. Y tampoco lo hago sin condón. Si no te parece bien o no estás seguro me marcharé ahora, antes de que puedas arrepentirte.

Tanta sinceridad le sumió en la contradicción. ¿Realmente sería capaz de acostarse con él de manera mecánica? Recapitó sobre la frase que acababa de decirle, enfatizando sus palabras para darles otro sentido.

—Has dicho que cien la hora, pero... ¿te da igual a lo nos dediquemos?

—Tenía pensado atender a otros tres clientes, pero no importa, podemos estar el tiempo que quieras —respondió el chaperó, pues con tal de que le pagase, le era indiferente.

Luca sonrió. Sí, le había llamado porque estaba solo. No tenía con quién compartir un café, dar un paseo por los canales menos transitados, acudir a un bar de jazz en la zona turista o, simplemente, hacer el amor. En cambio, poseía cantidades ingentes de dinero. Así que decidió probar suerte y abonar la cantidad a cambio de un poco de compañía.

—¿Ya has cenado?

El chico esbozó otra media sonrisa, marcándosele un hoyuelo en la barbilla.

—No.

—Conozco un local maravilloso. Te gustará.

Terminaron sus respectivas bebidas y echaron a andar. Luca se planteó las cosas mientras emprendían la ruta. Nunca le había visto y, posiblemente, nunca volvería a hacerlo. Había pensado en jugar al teatro, inventarse una nueva personalidad y fingir por una noche que era alguien diferente, pero su contratado se había descubierto con tanta franqueza que prefirió descartarlo y mostrarse sincero.

—¿Eres de por aquí?

El chico seguía mirando al frente. Contempló su perfil, de mentón bien formado y arcos definidos.

—La verdad es que no.

—No tienes acento del norte, ni tampoco pareces de la capital, los romanos tienen un deje inconfundible. Más bien diría que eres del sur.

La media sonrisa del joven pasó a abarcar la curva completa, a lo que Luca reaccionó tratando de adivinar su procedencia.

—¿Sicilia?

—Nápoles.

—¡Qué hermosa ciudad! Hace años que no la visito. Yo soy veneciano. Amo y odio Venecia, dicen que es lo que nos caracteriza —comentó risueño—. Ya hemos llegado. Adelante, por favor.

Su invitado entró en el pequeño local. Ya había estado por allí con otros clientes, por lo que creyó conveniente advertírselo, pues cualquiera que fuese lo suficientemente avisado sacaría conclusiones.

—No eres el primero que me trae. Si lo prefieres, podemos marcharnos.

Luca se negó en rotundo.

—¿Y perdernos al mejor chef de la ciudad? De eso ni hablar.

Cuando la camarera les llevó la carta se les quedó mirando con cara de circunstancias, pues sabía a qué se dedicaba cada uno de ellos.

—¿Qué vas a tomar?

—Elige por mí —pidió el chico sin revisar el menú.

Luca pidió *carpaccio* para dos y un reserva. La mesa estaba adornada con un centro de velas; un músico tocaba el acordeón en el callejón próximo y el tradicional mantel a cuadros había sido planchado y almidonado con esmero.

—¿Qué haces? ¿Cuál es tu trabajo?

—Soy artesano. Tengo un taller de máscaras.

—¿Haces máscaras? —preguntó, sorprendido—. Vaya, debe ser muy interesante.

—Adoro mi profesión —recalcó él—. Me permite indagar en los clásicos y reinventarlos. Cada máscara debería estar hecha a la medida, respetando los gustos. Es un arte que peligra, muchos pretenden convertirlo en un proceso en cadena. El turismo, ya sabes.

Empezaron a degustar el plato. El millonario, centrado en la agradable conversación, devolvió la misma pregunta tras haberse olvidado de las connotaciones de la cena.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

El chico rió, jugueteando con el tenedor y la carne cruda. Luca se sonrojó

por su torpeza.

—Lo siento.

—No pasa nada —respondió, restándole importancia—. Además, esto es algo pasajero, para ir tirando hasta que lo demás cuaje.

—¿Lo demás?

—Sí. Hago fotografía.

—¿Artística?

—Yo diría que documental. Salgo, observo a la gente... Retrato la vida que pasa ante mis ojos.

Qué bohemia afirmación, se dijo Luca.

—Me gustaría ver alguna.

—Cuando sea famoso y pueda retirarme, lo harás —bromeó el chico.

La conversación se mantuvo por senderos que cualquier ciudadano podría atravesar. La comida había sido provechosa, pero la transacción comercial no quedaría completa si no llegaban a cierto punto. Aunque agradecía tener un cliente que no lo trataba como a un maniquí, el joven quiso saber si sus servicios iban a prolongarse.

—¿No te apetece que vayamos a un lugar más... íntimo?

Luca guardó su tarjeta de crédito tras rubricar la factura.

—Sí. Mi casa no queda lejos.

Se refería a la vivienda que poseía en el centro de la ciudad. Aunque residía de forma habitual en la isla, de vez en cuando pasaba alguna temporada en el casco histórico. Su nerviosismo iba incrementándose a medida que se aproximaban al edificio. Tras cruzar varios puentes y dar algunos rodeos entraron por la puerta principal.

El chapero admiró el gusto ecléctico de la decoración. Las paredes habían sido pintadas a esponja en tonalidades coralinas y por doquier había recuerdos étnicos, seguramente comprados en mercadillos de países exóticos.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó.

—Sí. Viajo bastante, es mi museo particular.

Luca dejó el abrigo sobre un perchero, notando que el joven le cogía de la mano y tiraba suavemente de él hacia el dormitorio. Dedujo que ese tipo de casas antiguas le eran familiares, puesto que todas compartían el mismo trazado.

En efecto, dio con la habitación sin mayor dificultad. Le besó en los labios, rozándolos.

—¿Estás seguro?

Luca asintió. Aunque fuese una novedad en su vida sexual, necesitaba recordar el calor de otro cuerpo junto al suyo. Se sentó en su cama, observando cómo el profesional permanecía de pie junto al lecho, desnudándose poco a poco.

Al quitarse la camiseta exhibió los pectorales y el vientre. Era delgado, sus músculos estaban tonificados, como si hubiese practicado algún tipo de deporte. Luca bajó la intensidad de la luz eléctrica, conformando una penumbra acogedora.

Cuando se recostó a su lado constató que sus ojos eran, efectivamente, pardos. El chico habló con calma, recogiendo el cabello ondulado para que cayera por uno de sus hombros.

—Relájate... —susurró, levantándole el jersey.

Su lengua recorrió cuello y torso, mientras que los dedos desabrochaban la cremallera del pantalón, deslizando hasta los tobillos lo que encontraron a su paso. Empezó a masajearle los muslos y alrededores erógenos mientras tanteaba en su bandolera, sacando un preservativo que le enfundó con habilidad.

Luca ronroneó de placer al sentir el tacto húmedo de su boca, tragándole en un vaivén oscilante. Él se detuvo cuando lo hubo preparado, untando el miembro protegido con un lubricante.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —preguntó, poniéndose de rodillas por inercia para ser penetrado desde atrás, postura que el noventa por ciento de los

clientes demandaba.

—Prefiero poder mirarte a los ojos.

El chico se dio la vuelta y separó las piernas mientras su cliente se acomodaba entre ellas, alojándose en su interior sin prisas. Normalmente la transacción se limitaba a aguantar las embestidas, ignorar gemidos desagradables y recibir eyaculaciones, para luego cobrar y desaparecer como si nada hubiera pasado, pero aquello era distinto. Podía sentir el toque humano que había dado por perdido hacía mucho tiempo, tanto que el mero hecho de recordar producía angustia.

Percibió en la respiración y el rictus de su cara el orgasmo. Luca apoyó la frente en su cuello, recobrando el aliento. Cuando logró recuperar la lucidez reparó en que el chico no había tenido erección alguna. Se retiró de él con la intención de preguntarle si quería que le estimulase, pero éste interrumpió sus planes con educación.

—¿Dónde está el cuarto de baño?

—Es justo al lado, a la derecha.

Se quedó en la cama, relajado y apacible, hasta que el joven apareció a los pocos minutos vestido, aguardando en el marco de la puerta. Esperó en silencio a que soltara lo que parecía querer decirle, y de nuevo se culpó por ser tan ingenuo.

—¡Perdona! Es que no estoy acostumbrado —dijo, apresurándose a buscar efectivo.

Él rió con ganas, sabiendo que no actuaba de mala fe. Se guardó el dinero en el bolsillo interior, colocándose las gafas de sol para salir a la intemperie.

—Llámame cuando te apetezca. Me quedaré un tiempo por aquí.

Luca le acompañó hasta la salida. Antes de perderle de vista le hizo la última pregunta de la noche, una que deseaba formular aunque supiera de antemano que no sería respondida.

—¿Cómo te llamas?

El chico se giró. Había improvisado cientos de apelativos desde que ejercía

y, sin embargo, le apeteció corresponder al trato especial que su cliente le había dispensado, pues aunque no lo supiera, era la primera de sus conquistas nocturnas a la que no mentía.

—Sandro.

Luca cerró la puerta. Volvía a estar a solas con sus baratijas africanas, sumergiéndose en unas sábanas que todavía conservaban el calor del acto.

Lo último que hizo antes de cubrirse con el edredón y conciliar el sueño fue coger su móvil y sustituir cierto apodo aleatorio por el nombre que le había sido revelado.